1
233742

LA SAETA DE



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233742

47 / 1504952

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

La Saeta de Cupido

I

Era en ese pisito, harto cursilonamente alhajado de la calle de Aragón, donde celebraban domingueras fiestas danzantes.

Allí se divirtían de lo lindo algunos elementos de lo más escogido de la barriada. un médico con pocos enfermos tres o cuatro estudiantes, que estudiaban exclusivamente las «líneas curvas» en esa geometria tan pasmosa como turgente de la Geometría femenina.

Item más cuatro o seis vecinas de la misma casa, clases pasivas, familia de comerciantes o simples hermanitas de sencillos cagatintas del Ayuntamiento o de otros centros de utilidad y recreo.

Completemos el cuadro con un par de cadetes de la ultima promoción de Infantería, y un musiquillo aficionado al que de oirle daban ganas de salir por pies y no parar hasta la California.

R. 3223425

Componía cuplés a ratos perdidos y tan perdidos, el tal musicuelo conocido por don Donoso Echabarrieta (navarro de pies a cabezâ no mal sujeto, a parte lo estrafalario de la musiquilla que ejecutaba).

Don Donoso ¿un cupletito para el dia del onomastico de ese?

—Oh! Señora!...

—Se lo ruego!... Ni excusas, ni «aquí la puse»... Nada.

—Si es que...

—Mamá dice bien. Don Donoso.

—Suprima usté, el don o los *dones*... que dichos muy aprisa simulan el péndulo de un reloj de pared de esos baratitos.

Rieronle todos la salida, solo por tenerle satisfecho; aunque maldita la gracia que les hizo, sobre todo a la madre e hijas.

—Mira Donoso: mi costilla que es una de las costillas mas apetecibles ¡todavía! de la vecindad... se merece que la complazcas en todo y por sobre de todo...

—Ah! Por cierto que tengo tres *cupleses* casi finiquitados y no se cual...

—Hombre! El más malo... Ese será el mejor.

Recuerdas títulos, Donoso.

—Ya lo creo «La liga perdida» «Venus y el perro de lanas» «Los Tres besos y *medio*» «Las cacatuas desplumadas»... Y

así por este tenor.

—Aprieta!... Pues los títulos se las traen ¡pero a tutiplen!... Ese debe ser un sabiondo morrocotudo.

—Dejemosle... Mi ultimo disparate es *La Saeta de Cupido* ¿hace para doña Petra?

—Que lo diga ella propia... A ver, tú; mi *legitimosis*... ¿te hace eso en punta de nuestro amigo Donoso?

—Ay! si!... Si acaba en punta ¡Ay!

—Claro! Ya ves: una saeta.

—Pues que me la coloque... Vamos, que me la dedique cuanto antes y si no es muy verde...

—¡Cá! Un verde así como entre alfalfa virgen y flores cordiales.

—¡Que humoristico!... Y la letra? Es ¿de algun compañero?

—Oh! De un compañero de conservatorio que tiene muy buena letra.

—Nada, nada, don Donoso... Espero la Saeta, tanto como mamá, y papá y en una palabra ¡todos!... Que no falte.

—No faltará, hija... Con esos *bemoles* que me gastas tu para andar por casa.

—Como «bemóles»

Ese par de pechitos sujestivos y lubrificantes—añadió Donoso, bajando el tono de su voz y lamiendo casi el auricular

de la bella Luz. (Luz era la hija mayor del matrimonio Berruguete.

—Oh!

—¿Me llamabas?

—No, querida. Es que el tal solfista es un sinvergonzón de tomo y...

—No tomo nada entre horas, gracias.

—Mi hermanita O, o sea Esperanza, a quien llamamos O, simplemente, por ser más familiar, no se asombra de nada.

—Claro como su patronimico es ya una exclamación ¡O!...

—Je je je!

—¡No reirse!—importunó, pellizcando una nalga de O, más redonda que una O: pero mayuscula!—No reirse, que esa se las trae (*Las posaderas*, agregaba por lo bajo el camastrón del cupletero).

—En fin, amigo. Insinua algo al pianejo: conoceremos tus adelantos.

—No puedo ahora... Tengo este dedo hinchado.

—¡Cuál!!!—exclamaron a trio las tres hembras.

—A ver, señor musiquillo: a ver si se complace a mi familia.

—¿Que quieres, rica de la casa?

—Va a ejecutar usté en este instante el cupletito ese de no se qué de Cupido—replicó la O menor—lo he oído todo, ahí en-

tretenida, tras el piano, leyendo una novelita de la colección *Placer*! Es tan cuca!

—¡Eso!... Y la más «indicada» para las chicas solteras. En fin, vamos con la Saeta de Cupido.

Y se puso al piano y comenzó los arpegios y escalas tan macarronicas como efectistas.

II

—Vaudin: este baile con usté ¿no?

—Este y mil más que quieras.

—Mil no, «las mil y una noche tendrian que ver con eso».

—Esas pasaría yo a tu lado... y a oscuras.

—Y que harias tú, Vaudin a oscuras y con *Luz*.

—Claro! Vaya! Oscuro, mejor dicho. Con la luz de esa *Luz* que eres tu me orientaría para hacer la esgrima del sable y dar en tu blanco.

—Si: Zapatilla... Yo tengo uno blanco precioso para la esgrima.

—Oh! que escultural... Y que muslotes tan cucos y tan...

—Pervertido!... No ves que me sorbes

las miradas con tus ojos, Naudin!

—No descuides el compás y separa algo tu rodilla de entre mis piernas... así, al menos de vez en vez.

—Nadie se fija... Sigamos ¡que me va a dar *eso*!

—¿Y que es eso?

—Una insolación de los rayos de tu lúz contra mi epidermis.

—Guasa! gua... ¡ah! ah!

No pudo repetir la palabra y quedóse en un ladrido perruno. Tanta era la cachondería reinante en la sala.

El que más y el que menos de los pollos del astracan y «tente tieso» que el baile es largo, semejaban propiamente apelmazados unos en otros las piernas se trababan temblorosas: los rostros sofocados de ellas, casi rozaban los más serenos de los pollos.

Las pollas y las pollitas se hallaban en contacto tal y tan furibundo que hasta podían contarse con cuidado los latidos de los corazones, y las entrepiernas que no ofrecían separación alguna, por reparar poco en tonterias de interpretación.

Con bailoteo como aquel no se iba al templo de terpsicore precisamente si no al antro de todas las bacanales, resumen de las antiguas de Diocleciano, Nerón, Quo-

modo; el egusidem furfuri.

Los besos se cambiaban con pasmosa rapidez. Los ojos, saltones en fuerza de mirarse y asaetearse, desnudaban los de ellos los cuerpos de las garridas hembras.

—Te me zampaba, con pelos y todo—decian los ojos de un cadete.

—Y yo te me absorvia con armamento inclusive—replicaban los ojos de una peripatetica entornandolos, traicionera.

—¿Es que ya te has bajado... de tu burro?

—¿Es que tu te has bajado... del tuyo?

—Retrechera!

—Malsonante! Pervertido! Falso!

Y lo mismo que hablaban los ojos, charlaban los «pies» en su lenguaje especial; y conferenciaban avidamente de lascivia, de triunfal pasión por decirlo con algo menos de eufemismo, y las bocas que se besaban furtivamente: aprovechando la estudiada escasez de bombillas eléctricas.

—Me das el clavel si o no?

—No Casildilla: es para tu hermanita de leche.

—De leche? Ca! tonto! Si no es de leche! Es de café con leche, eso!

—Que barbaridad! Ven: así en mi regazo; bien apegaditos y ahora relata.

—Me duele esta nalga. Oh!

—No la llames; que estará dandose el «estilete» con Naudon el compinche de Naudin. ¡Vaya un par de cadetes!

—Oh! sí! Y los dos de la misma edad... Y llevan los dos un dedo tieso de la mano y la mano en el bolsillo del pantalón.

—No es raro! A veces son compromisos de novias de llevar los dedos así ¡ya ves!

—Me dejas que te cuente... Pues oye al oído. A O la gusta el café, a mi la leche ¿te enteras y comprendes? Por eso cuando estamos juntas...

—Si, ya! He visto que cambiavais los besitos con harta frecuencia.

—Tienes celos! Pobre Esperancita! Tan bien formada por fuera como bien *conformada* con todo lo que yo la mando.

—Ponte de rodillas la debes ordenar a veces, mala pécora.

—A cuatro pies, si quiero ¡mira!

—¿Y te obedece?

—A ciegas. ¡No se que tengo en los ojos

—Y en las nalgas! Hija que calor.

—A cariciame entre tanto!

—¿Así?... Este dedo entre tus pelos del moño ¿voy bien?

—Ay! sí! Eres poco practico... Menos que mi Osita bonita pero ¡Ah! Ah!

—¡Té duele! ¿Es que te hago daño?

—No: que me has arrancado unos cabe-

llos... y los del centro de la cabeza. ¿Y tú, cómo tienes eso?

—¿La cabeza? ¡Descúbrela por ti misma!

—¡Ah! señorita cabeza; se atrevía usté a permanecer cubierta en mi presencia!... Dos días de calabozo!

—¡Oye! Tu calabozo, tu calabocillo me gusta la mar palabra de cadete, sin estrenar...

—Cómo «sin estrenar». ¿No has dado las prîmicias de tus arrestos guerreros a ninguna?

—Lo juro. ¡Por estos ósculos! ¡Toma! ¡Toma y retetómate!

Ella tenía ya las piernas completamente a la desbandada. La derecha con rollizo y carnoso muslo, cubierta hasta mediado êste con divina media calada negra: apoyábase en el barandal colgando por él, de la marquesina rústica que había en la galería exterior, y de que la feliz pareja había tomado posesión.

La otra pierna rozando con la del cadéte, quien poseía las guias de su bigote moreno, con empingorotados arrestos; lo que ponía fuera de sí a la cálida muchacha, y llevando ambas piernas y aún otras porciones importantes, (que se dejan a elección del curioso lector o indiscreta lectora) al compas de un fox-trot desvergonzado

que aporreaba Donoso en el pianejo, en el saloncillo vecino.

—¡Menea más tus ojos! ¡Y tus senos! ¡Y tus labios!

—¿Y la historieta del café con leche?...

—¡Oh! ¡Otro dí... í... a!... ¿Me ma... matas!... ¡Nandín! Soy ¡tuya! ¡tuya!

—¡Ya lo sabía! — exclamó Nandín el aguerrido cadete, glorioso y satisfecho ante la hazaña amorosa.

III

Como todo llega, llegó el santo del amo de la casa.

Don Blas Berruguete y Bonal; el tío de las tres *bes*, como le apelaban en el Ayuntamiento, los compañeros de oficina; estaba que no cabía en el pellejo.

Presentes de dulce, de vinos generosos, de cigarros más o menos de Vuelta a bajo, o de la esquina de la calle; unos retratos de busto hechos por Napoleón, del bracero con su costilla; ambos en traje de etiqueta.

¡Vaya! ¡La casa por la ventana, en una palabra!

Y por si algo faltaba los lascivos tres

pimpollos. Luz y O, las dos soberbias muchachas de grupas prepotentes, nalgas robustas y pechos delictuosos; (tanta era su acometida por lo duros) junto con la audaz Casildita, la O menor: modosita, mosquita muerta, pero con «lo suyo» respecto a erotismo y lascivia concentrada, como una perfecta catadora de los goces terrenales; lo mismo entre ellas y ellos, que entre ellas solas: igual le daba.

Por las noches (al menos tres por semana ¡qué inocentada!) juntábanse en los lechos ya de la una, ya de la otra, Casilda y Luz: o bien la bella O, y Casilda, y reían y secreteaban: sabían todas *las posturas*... y no precisamente del tresillo de que hablaba el bueno del papá Berruguete, sino del tango argentino.

—¡Mira, mi nenita!... ¡Monina!...—llamaba quedo una de ellas al lecho vecino.

—¿Qué te sucede—respondía la despertada, o simplemente dispuesta a escuchar y atender y consolar a la vecinita.

—¡Mira, Lucita: rica! ¡Este vientre cómo lo tengo!

—¿Qué! ¿se te hincha? ¿Ya estás así?

—¡No, por Dios, bárbara!... Los arañazos que me atiza *Zi-zi*.

—¡Ah! ¡Ingrata!... Pero si no es la tuya... Si conozco éstos arañazos. Si esto se

hace con una hoja de sable... de cadete ¿voy bien?

—Vas mal y vas bien. Dame la mano; aquí que yo misma te la coloque junto a mi contextura.

—¡No veo, chiquilla!... No vayamos a arañarte más.

—¡No!... ¡Ah! ¡Así! ¡Ya está! Urgame ahora en este oído.

—¡Ya urgo!... ¡Qué furiosa resultas!

—Es que te idolatro. Ponte boca abajo y verás lo que es bueno.

—Ya estoy... ¡Qué va a ser!

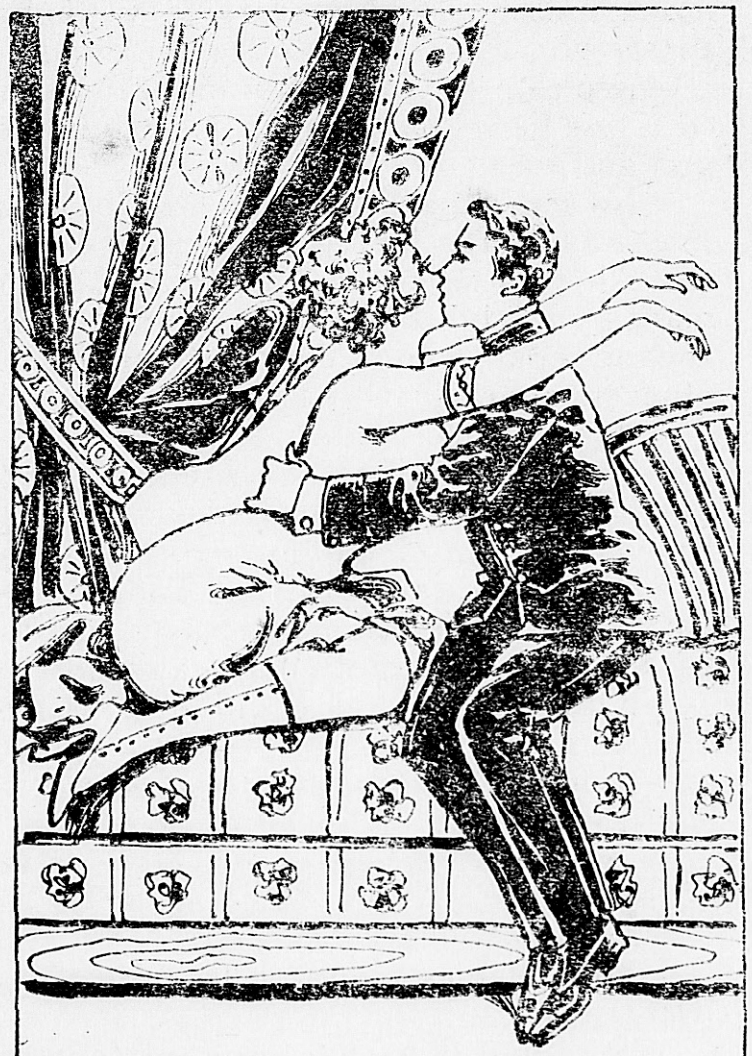
—¡Con tostada!

—¡Café con leche! como decimos a Romo, el camarero del Royal, cuando vamos... una vez al mes, allí, a darnos postin de señores ricos.

Colocóse Luz boca a bajo; la otra a horcajadas encima de ella. Quitóse una larga cinta de entre los dobleces de la enagua que tenia puesta, y era de lindos calados de Bruselas de imitación y a manera de riendas colocósela entre los dientes a la otra, trabándola antes a una horquilla que se quitó del moño y que simulaba el *bocado*.

—¡Arre! ¡op! ¡op! ¡Qué bien voy!

—Yo no voy mal... Pero siento no poder andar al trote; que así te sacudiría



CARAMBA

mejor toda tu región inexorable y voluptuosa.

—¡Op! ¡op!. . No pares y mueve el disco... que tienes una grupa, que ni una yegua de veras.

—No será tanto... ¡Ay! ¡Vidita! Basta. ¡Me fatigo! ¡Tus labios! ¡oh!

—Ahora de frente... Faz con faz. Tus manos y tus brazos bien apretados, trabazonándonos; como cuando bailamos... Muévete ahora.

—¿Qué sientes?

—Unos sudorcillos en la entre... tela que ¡me sonrío yo de las escenas de Aretino y todos sus discípulos!

—¡Baila! ¡Baila! ¡Maréame! Toda quiero darme a tí como todos mis rayos de luz para tí... ¡Refulgente! ¿Me notas algo?

—¡Oh! ¡Ya está!... Lo que faltaba por oir. ¡El estilete!

—¡Cómo? ¡Mi horquilla tomas por estilete! ¡Si es el bocado de antes, loca!

—¡Sí es el otro! Separa más las puertas de la gloria!

—¡No puedo más! ¡Oh!

—No la llames ahora a tu hérmanita. ¿Para qué?

—Sí es que digo ¡oh, qué placenteros momentos! ¡Cuánto derrame de dichas en el seno de la amistad!

—¡Oh! ¡Qué chiquilla tan diablesa! Y que labios tan volcánicos. ¡Toma y toma!

—¡Nalgaditas ahora! Se enfurece la fierecilla.

—Calla ¿no oyes?... Será Oita que estará consolándose en sus muchas penas...

—Suspira ¿oyes? ¡Oh! ¡Espera! ¡Silabea!... ¡Pronuncia un nombre!.., Atendamos. ¿Ves por el ojo de la cerradura?

—Aguarda... Voy. ¡Ah! ¡Sí! ¡veo! Veo cosas... ¡naturalísimas!... Las piernas de Oita, muy separadas y entre los brazos...

—¿Qué dices? ¿Deliras?

—¡La que delira es ella! ¡Atiende!... Veo... y oigo! que es más.

—Ahora yo también oigo. Dice: «Nan... dón!»... Nandín!... Nandín! Nandón!

—¡Diablo!... Esta chica estudia para campanero; parece que le esté dando que le darás a las campanas.

—Te digo que tiene algo entre los torneados brazos y no veo lo que es.

—Será lo que todas. Lo que tú y yo. ¡Tonta; *La saeta de Cupido!*

—¡Un cuplé! ¡Pa chasco! No es eso... ¡Ah! un hombre. ¡Rechufita!

—Disparatas, hija. ¡Cómo un hombre!

—¡Dos!... ¡Son dos!... ¡Entre los obstáculos separados dos hombres! ¡Y juntos nada menos!

—¡Pobre Casilda! ¡Te enagenas! ¡Desbarras!

—¡Te digo que son dos!... Dos retratos por lo menos: dos cartulinas.

—¿Ah? ¡Así se comprende!... Pues mira: no deja de ser un medio de atenuarse una misma ciertos pruritos. Con hombre y sin hombre a la véz.

—Eso: con cartulina y sin carnación... Será curioso. Ahora resultará que la fruta va a caer en desuso. ¿Probemos, tú?

—Prohemos... A ver tráete esas fotografías y nos las pasaremos con cierta fruición... por el corazón...

—¡Oh! sí.., ¡Cómo ella!... ¡Ya voy... vien... do... do!...

—Que sí... ¡Ay! ¡qué gustito!... que la nena... Oita se... las trae..,

—Y nos da lecciones en punto a novedades «afrodisíacas» ¿no se dice así?

—Justo. Ahora pásame tú la cartulina... por mi pechuguita y yo por la tuya...

—¡Qué bien!... ¡Eso! Y luego haremos unas ampliaciones cara con cara y cuerpo contra cuerpo ¿te place?... ¡Toma! ¡toma!

—¡Reina mía!... ¡Me disloco... lo... cas!... No... puedo más!...

IV

Entre amores tan ideales como antinaturales, y sorpresas placenteras para Luz, O y Casildita, iba transcurriendo lo mejor del día de San Blas.

Ya a la hora de la comida los licores fuertes habían corrido y derrumbádose típicamente, entre los senos de las hermosas. La libertad que reinaba para todo entre aquella familia de viciosos y los otros viciosos del vecindario era por demás digna de encomio.

—Papá; que bajo la mesa hay uno o una y me tienta en las piernas.

—¡Bah! ¡Debe buscarte la liga! Ni que te hubieras casado, preciosa.

—Papá: que esa monísima de Luz lleva una liga azul y otra blanca!—exclamó, como voz oculta en los antros infernales la voz de Casildita.

Todos acogieron con triple carcajada la disparidad de las ligas.

Entretanto Nandín también bajo la mesa: aunque se le suponía en el fumadero, comía a bocados, sirviéndoselo la mano regordeta de Oita; que tenía los dedos con el merengue que cogió de la bandeja, junto a su rolliza pierna para que Nandín, el

aprovechado a quien se le encontraba siempre en sitios de «peligro», pudiera libarla cómodamente, sentado en el suelo.

Como las risas, las historietas y el palique general iban tan arrancados, nadie hacía caso de lo que bajo la mesa acontecía.

Pero Nandín, el cadetillo, no se descuidaba y seguia mordiendo el merengue de Oita, la deliciosa rubia, en cuyo trabajo no descuidaba tampoco de juguetear, arisca, con los ávidos labios de Nandín, variando la dirección del dulce apetecido.

En un momento imprevisto chocaron las popas de ambos buscadores de emociones subterráneas. Como la mesa era ancha, larga, podían permitirse escenas semejantes aquellos angelitos.

—¡Huy! ¡Qué me has dado!

—¿Con qué?

—Yo que se, tontón.,. Pero es muy resistente.

—Mejor para tí... ¡Desabróchale las ligas a esa, anda!

—¿A quién a Oita? ¡Eso no! Que van a decir.

—¡Desabróchala! O lo hago yo, aunque se arme la primera trapatiesta.

—¡Bien, ten! ¿Estás satisfecho?

—Sí; remonona... Eres de oro y brillantes. Y tu lengua más sabrosa que este merengue que Oita ¡la pérfida! no me deja lamer con comodidad.

—¡Eso! ¡Los dulces a pares al soldadito de pasta flora!

—¡Tu boquita! ¡La quiero! ¡La anhelo!

Ella entregó, o prestó lo que se la pedía sumisa. Hubo su «conferencia» y sus sobajeos de manos que no están ociosas... El merengue de Oita ya estaba finiquitado.

Cuando ella, sin percatarse de las manipulaciones, de debajo de los manteles por los tórtolos, miró hacia abajo: halló muy bien acopladitos uno cerquita de otro a Nandín y la linda hija pequeña de los de Berruguete,

Fueron quitados los manteles sin hacer ruido.

Los comensales, lejos de horrorizarse por la posturita en que quedaron los tortolitos, echaronlo a chacota y se rieron grandemente,

—Eh! Pablo y Virginia!

—Alzad! pastores de Arcadia!

—Dafnis y Cloe! Qué bien fingen el sueño.

La parejita seguía muda: completamente en brazos de Morfeo.

Tuvieron que rociarles los rostros con champan de la viuda *Clicqot*, para que retornaran a la vida.

Y me pregunto yo intrigado ¿fué todo una pura ficción de los muy camastrones de Nandin y Casilda, para despistar, ó era realidad aquel sueño *(¡en apariencia nada más!)* de los dos angelitos de retablo?

V.

Por lo morrocotudo de los chistes, por lo detonante de las mezclas de risotadas, besuques y sobajeos, aquello semejaba la antesala del infierno.

El desenfreno reinaba. La velada transcurrió hasta su primera mitad algo monotona.

¡Que cante, que cante!...

—Eso! Que entone Casilda el cuplé nuevo!

—Bravo que estrene eso de la Saeta.

—Por mí con mil amores... Voy por mi... sorpresita. Vuelvo. Y salió en busca de algo para completar el efecto de su interpretación.

Donoso, al piano, impaciente casi relinchaba, de ahita satisfacción paladeaba de antemano.

En tanto las parejitas, sin perder ripio, danzaban al compás de la danza mora ejecutada por el pianista-compositor.

—Me entonteces con las puntitas!

—De qué si se puede saber!

—Adivina!

—De mis dedos!

—Fría!

—¿De mis senos de virgen... maculada?

—Ah! Ardiente! Ya está. Pero y esos ojos que me penetran hasta la encrucijada del amor.

(Otra parejita).

—No te alejes mucho; que mis muslos te sientan.

—¡Calla, zalamero que no puedo más!...

—Es que es el baile veinticinco y tantos de los que no nos soltamos.

—Tal creo, si llevas bien la cuenta. ¿Me amarás mañana?

—No sé, hijito... Tengo el tiempo tasado Y en mi pocillo no se puede mojar más que un solo bollo ¡que lastima!

(Tres o cuatro besos furtivos y, a otra cosa).

De pronto sorpresa linda, casi paradisiaca.

Casilda de clamide griega, muy sutil de seda blanca rameada: por el lado izquierdo, abierta la sutil envoltura asoma un muslo rollizo, una pierna ebúrnea blanca, retadora, como los ojos de su dueña.

Un aplauso cerrado acoje a la arrogante ninfa, convertida en servidora de venus, seguramente para hallarse en caracter. Trae al brazo un pequeño pelele, hecho a la inglesa, con tegido recio de lana y yute.

Figura un Cupidillo, y al fijar el monigote encima del tope del piano, con los dedos oprime Casilda un resorte y allí va a pasar algo; no se sabe que; pero algo muy inesperado ciertamente.

El maestrillo Donoso, preludia, magistral, ampuloso, peripatético, si se prefiere.

La nena se adelanta; para ello ya su pierna derecha apoyada en una sillita baja obliga a flexionar la rodilla, con lo que el ángulo carnal del húmero y tibia, o sea muslo y pantorrilla, se precisa lleno de encantos, de eróticos efluvios. Luego espectación: voz timbrada y argentea; deleitosa. La mujer expresa:

—«Ninfa soy por mí fé
»no sé si decir podré
»tan audaz
»tan procaz
»que a los dioses me atreviera
»les pidiera
»sus favores sin temor
»ni pudor!...
»Oh! que horror... seductor!

Etcétera, etcétera: un cúmulo de disparatados conceptos al uso; y finiquitaba con el *refran*, o estribillo, algo más imbecil todavia, si cabe.

«Por eso entre los dioses
»yo hago de entredoses
»gran acopio, gran redada
»Si del *carcaj* de Cupido
»la saeta se ha salido
»Yo el *carcaj* busco alocada
»lanzando una *carcaj...ada.*
»Me he vendido!»

Y a la vez que se reia, en efecto, con risa burlona, oprimiendo el consabido resorte al pelele de yute, o sea la contra figura de *Cupido Moderno*, con las piernas al aire, pero con un parche en un ojo, como un simple pordiosero, en vez de la tradicional venda, arrojaba la ligera abertura del ombligo del extravagante diosecillo menudas saetillas, en todas direcciones, que como eran de *cauchú* endurecido, no hacian más que acariciar las epidermis de los mirones embobados en la novedad.

«Si del Carcaj de Cupido
»la saeta se ha salido
»yo el *carcaj* busco alocada
»lanzando una *carcaj...ada!...*»

Aquel final hizo suerte... Vamos que chocó; acaso por su misma estupidez. Las risas se hicieron generales, alocadas, epilepticas, casi. en fuerza de excitarse mutuamente los concurrentes.

La incitadora ninfa triunfó en toda la línea.

Recibieronla los brazos del compositor, quien no se sabe de cierto si lloraba de la emoción o era que se le había entrado por un ojo una de las propias saetitas de Cupido, lanzadas con gracia socarrona por su gachonisima intérprete.

La Saeta de Cupido se hizo popular en cuatro días y quedó de repertorio entre los bailables predilectos en las amenísimas y picantes reuniones de la célebre familia de los Berruguetes. *Ad multos annos ¡Amen!*

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres. Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.—Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Musiegrafía física. Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Erini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. Memorias de un lunar. La saeta de Cupido.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del desaforten — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Amenas — Barcelona - Buenos Aires